

# Hacia la salvaguarda del Latín

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

## I

Con el título de «El latín en la encrucijada» acabo de publicar en *Helmantica* un artículo de carácter informativo en el que reúno una serie de hechos, actitudes y posturas más o menos sintomáticas, organizaciones y testimonios en pro y en contra del latín, registrados en estos últimos años (1). A vista de ese conjunto de hechos y opiniones diríase que verdaderamente el latín se halla ahora en la encrucijada de la cultura universal. Unos impugnándolo despiadadamente, otros defendiéndolo con tesón, todos, en forma positiva o negativa, vienen a hablarnos de la vitalidad del latín. A pesar de tantos y tan recios ataques, el latín se resiste a morir; y se resiste a morir porque sencillamente es inmortal.

Precisamente con este título de *El latín inmortal* está recorriendo el mundo un libro de la historiadora María Magdalena Martín (2). Se hace resaltar en él el papel civilizador del latín a lo largo de los siglos. Lengua primero de la Roma pagana y más tarde lengua oficial de la Iglesia de Cristo, el latín fué no sólo un factor admirable de universalidad y de cohesión, sino también vehículo de comunicación entre los sabios, y medio de difusión de la cultura grecolatina y cristiana. En la historia multiseccular del latín la autora fija su atención en el momento presente, subrayando gozosa cómo el Vaticano II reafirma el hecho de que el latín sigue siendo aún hoy día la lengua oficial de la Iglesia romana en Occidente.

Como hechos sintomáticos favorables al latín apunto los siguientes, tomados de diversas fuentes:

1. En Suiza se ha impuesto el latín obligatorio para todos los médicos. Con este motivo uno de los representantes más destacados de esta especialidad pronunció un discurso en latín elogiando la medida adoptada.

2. Los jefes de la Iglesia británica tratan de

reintroducir el latín en su liturgia. Esta medida contrasta con la ligereza con la que muchos responsables de la Iglesia católica tratan de deterrar el latín de los actos de culto. A este propósito, el difunto cardenal Godfrey, de Londres, recordaba, al final de su intervención en el Concilio Vaticano II a favor del latín litúrgico, haber leído poco antes en el *Times*, de Londres, que mientras en el Concilio romano se hacía cuestión de sustituir el latín litúrgico por las lenguas nacionales, los anglicanos se esforzaban por volver al latín en el culto, en vista de las malas consecuencias de su abandono.

3. La revista del Vaticano *Latinitas* (3) habla de la reciente fundación de nuevas sociedades, revistas y empresas para el fomento del latín y de las humanidades en el mundo. La institución más eficaz en este sentido es el Pontificio Instituto Superior de Latinitas, que comenzó a funcionar en Roma el curso 1965-1966. De este Instituto hablaremos poco después.

4. Con motivo del Concilio, algunos comercios de Roma y varias sociedades de aviación confeccionaron programas y anuncios comerciales en latín, a tono con la lengua utilizada por los padres conciliares.

5. También en Roma se celebró una cena de gala, a usanza de los antiguos romanos, con un menú abundante basado en el *De re coquinaria*, de Apicio.

6. Al igual que otros países, Italia ha lanzado al público una colección de discos, confeccionados bajo la dirección de Ettore Paratore, ordinario de la Universidad de Roma, para el estudio del latín y de su literatura a un nivel moderno (4).

7. El profesor I. Coppa, en un artículo que titula «Linguae Latinae per terrarum orbem fortuna» (5), da cuenta de la reacción favorable y clamorosa con que en Checoslovaquia fué acogida la vuelta al latín en los centros oficiales de enseñanza. En 1948 habían desaparecido por disposición gubernativa la humanidades, y con-

(1) *Helmantica*, 19, 1967, 109-135.

(2) MARIE-MADELEINE MARTIN: *Le Latín inmortal* (Paris-Bruxelles, Edic. Reconquiste, 1966, págs. 199).

(3) *Latinitas*, 11, 1963, 298-301.

(4) JIMÉNEZ DELGADO: «Los discos en la enseñanza del latín. *Helmantica*, 11, 1960, 148-149.

(5) *Latinitas*, 14, 1966, 118.

siguientemente el latín, de la enseñanza oficial. Al comenzar el curso 1965-1966, convencidos por propia experiencia de que la base de la cultura de un pueblo no puede cimentarse sólo sobre la técnica y las disciplinas puramente científicas, han vuelto a instaurar el bachillerato humanístico y a revivir en la Universidad la sección de Filosofía y Letras, con el latín obligatorio. Según informa el articulista, la revista *Literarny Noviny* ha publicado numerosas cartas de los lectores, alegrándose de semejante medida.

## 2

Merece párrafo aparte la creación del Pontificio Instituto Superior de Latinidad en Roma. De él me he ocupado ya en otro lugar (6), pero dada la importancia del mismo, será bueno dedicarle aquí algunas líneas.

La «*Veterum Sapientia*» de Juan XXIII preveía ya la erección de un Centro Superior de Latinidad para la tutela del latín y para la formación de un profesorado selecto (7). La erección, sin embargo, no se realizaría sin antes superar las notables dificultades que a la empresa se oponían. Estas dificultades se superaron gracias, por una parte, al desinteresado ofrecimiento de los salesianos, que ponían al servicio de la Santa Sede un edificio moderno y bien acondicionado en su nuevo Ateneo o Universidad salesiana en Roma, y por otra, a la decisión de Paulo VI, que con su *Motu Proprio, Studia Latinitatis* (8), de febrero de 1964, ponía las bases y marcaba las directrices del nuevo Pontificio Instituto Superior de Latinidad, cuya erección se urgía en el Ateneo Salesiano de Roma.

La insistencia, pues, del actual Romano Pontífice y la actividad incesante de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades culminaron por fin en la erección e inicial funcionamiento del mencionado Instituto, coincidiendo con la apertura del curso 1965-1966, en pleno período conciliar. Y esto debe subrayarse, por ser una circunstancia elocuente en favor de la importancia del asunto. Bueno sería que recapacitaran sobre ello algunos que todavía parece que se resisten a aceptar las orientaciones pontificias, tan insistentes sobre el particular, porque piensan —y así se atreven a propalarlo— que la Santa Sede ha cambiado de orientaciones y de criterios con relación al latín a partir del Vaticano II, cuando la realidad es muy contraria por cierto.

Del buen funcionamiento de este Instituto Superior de Latinidad nos habla la siguiente car-

ta de la Sagrada Congregación de Seminarios, cursada a todas las representaciones pontificias establecidas en los diferentes países para que ellas la hicieran llegar a todos los obispos y superiores mayores de religiosos. Dice así: «A un año de distancia —mientras tenemos el gusto de informar que los comienzos del Instituto han sido plenamente satisfactorios, gracias a la colaboración de un cuerpo de profesores altamente cualificados y a la diligencia de los cuarenta alumnos, que con laudable empeño asistieron allí a las clases— sentimos de nuevo (9) la necesidad de dirigirnos, una vez más, a los buenos oficios de esa representación pontificia, para que tenga a bien hacerse eco de nuestra solicitud ante el venerable episcopado, como también ante los superiores provinciales de los religiosos de ese país. Se trata, en efecto, de asegurar no sólo la continuidad, sino también el mayor progreso de dicha institución, que el Sumo Pontífice en fecha reciente ha erigido canónicamente a beneficio de toda la Iglesia, poniendo en ella la viva esperanza de un vigoroso florecimiento, sobre todo entre las filas de ambos cleros, del estudio y uso de la lengua latina y, en consecuencia, de los valores espirituales y culturales indisolublemente unidos a ella».

En cuanto al profesorado de este centro docente, tengo a la vista el calendario con el nombre de los que en él intervienen. Es un dato más revelador del interés de la sagrada congregación al seleccionar el personal de entre los mejores, tanto eclesiásticos como seglares. Figuran en él —por citar sólo algunos nombres— los siguientes: Barbieri, ordinario de la Universidad de Nápoles; Composta, ordinario de la Universidad Salesiana de Roma; Egger, ordinario de la Universidad de Letrán; Graneris, de la congregación para la doctrina de la fe; Jacoangeli, salesiano, nombrado director del Instituto; Künzle, de la Pontificia Academia de Arqueología, de Roma; Mir, antiguo director de *Palaestra Latina*; Paladini, ordinario de la Universidad de Bari; Pighi, ordinario de la Universidad de Bolonia; Pozzi, de la Sagrada Congregación de Seminarios; Ríposati, ordinario de la Universidad Católica de Milán; Springhetti, ordinario de la Universidad Gregoriana, de Roma; Traglia, ordinario de la Universidad de Roma.

Una muestra del interés del Papa por este su Instituto Superior de Latinidad la tenemos en la visita que recientemente hizo al mismo el 29 de octubre de 1966. La alocución que con esa ocasión dirigió a directores, profesores y alumnos es por demás elocuente. Traducimos el texto latino del Romano Pontífice:

«Habéis tomado entre manos una empresa noble y excelsa y la habéis llevado a cabo con agudo ingenio y hasta —hay que decirlo— con intrepidez y audacia; y ello redundará en gloria y prez de vuestra congregación religiosa. ¡Animo, mis queridos salesianos! De esta suerte habéis

(6) JIMÉNEZ DELGADO: «Aplicación de la *Veterum Sapientia*». *Helmantica*, 16, 1965, 209-234.

(7) JOSÉ MARÍA MIR: «El Instituto de latín en Roma y la tutela del latín». *Helmantica*, 15, 1964, 373-387.

(8) *Studia Latinitatis*, A. A. S., 56, 1964, 225-231; cfr. *Helmantica*, 15, 1964, 259-270: «Pablo VI crea en Roma un Instituto Superior de Latinidad.»

(9) Cfr. la carta anterior en *Seminarium*, 17, 1965, 39-40.

dado un nuevo ejemplo de aquella disciplina admirable que recibisteis de vuestro Fundador y Padre, desde el momento en que os disponéis a promover y prestigiar el cultivo humanístico de los griegos y romanos. Supisteis responder con generosidad a aquella solicitud que inquieta a la Iglesia, la de promover el cultivo del latín entre los clérigos y formar maestros de entre ellos, y en consecuencia pusisteis en práctica la constitución apostólica «*Veterum Sapientia*» de nuestro predecesor.

Las primicias cosechadas de esta escuela en el primer año son sin duda no sólo gozosas, sino también esperanzadoras, pues se trata de un árbol que ya dió frutos y los dará más abundantes en el futuro.

Nos llena de satisfacción la noticia de que el Gobierno italiano ha accedido benévola-mente al reconocimiento de los títulos de este Instituto, en vista de la seriedad y peso de sus estudios.

Como es justo—ya que en todo hay que tender a la perfección—conviene que el Instituto vaya creciendo y desarrollándose en todo aquello que a él se refiere, de suerte que sirva convenientemente a los fines que se le han propuesto, ya que hay que distinguir dos como categorías, dos planes o métodos, dos objetivos asignados a este Instituto: el uno corresponde a la adquisición de los estudios de esta disciplina oculta y excelsa y al cultivo de la filología clásica; el otro, más bien al uso práctico del latín, que muchos deben alcanzar. En consecuencia, no sólo deben prepararse en él hombres peritísimos en latín, sobre todo en latín cristiano—ya que ésta es su principal razón de ser—, sino que también eclesiásticos y religiosos constituidos en un cierto grado inferior deben encontrar aquí su escuela de latín, ilustre ciertamente, aunque algo más aligerada y abierta a muchos, para que aprendan a expresarse en latín según el uso corriente. En la Carta Apostólica *Studia Latinitatis*, que *motu proprio* publicamos, se contienen prescripciones determinadas y concretas sobre la materia, y no dudamos que aquellos a quienes les corresponde harán cuanto esté de su parte para cumplir sabia y fielmente cuanto en ella se prescribe» (10).

### 3

El Vaticano II prestó un gran servicio a los fieles al autorizar a los obispos el uso de la lengua vernácula en determinadas partes de la misa, a fin de promover y dar eficacia a la acción pastoral. Pero la aplicación de estas nuevas normas episcopales, por falta de prudencia en muchos casos o por una latente latinofobia de parte de algunos, han dado lugar a molestias e inquietud por parte de algunos cristianos, que preferían se mantuviera la misa en latín. Uno

de los que primeramente levantaron su voz en este sentido fué Mr. Douglas Woodruff, lamentándose de la desorbitante proscripción del latín, que puede llevar a una regresión hacia el nacionalismo, muy impopular, por otra parte, en Inglaterra, donde la misa en latín, incluso en parroquias rurales, se ha demostrado hasta qué punto era viable entre los ingleses, perfectamente adaptados a su uso. En la nórdica Noruega, en Oslo, se ha constituido una asociación respetuosa con el espíritu y la letra del Concilio, pero en defensa y salvaguarda del latín y del canto gregoriano en los actos litúrgicos, de acuerdo con los artículos 36, 54 y 116 de la Constitución conciliar sobre la liturgia. Todo esto lo recordaba hace unos meses el conde de los Andes en un artículo aparecido en *ABC* y reproducido más tarde en *Estudios Clásicos* (11).

La indiscreción y el abuso en la aplicación de las normas para el uso de las lenguas vernáculas en la liturgia ha creado una situación de descontento en muchos sectores, que ha sido el clima favorable para la erección y desarrollo en muchos países cultos de la llamada asociación «Una Voce», cuyo objetivo principal es la salvaguarda del latín y del canto gregoriano en la liturgia católica. Dejo para otra ocasión la génesis, propagación y actividades de esta confederación internacional, que cuenta ya con más de quince filiales. De momento sólo quiero fijarme en varias reacciones que se han ido produciendo por este motivo en diversos círculos de intelectuales, que han motivado un toque de atención de la Santa Sede a cuantos son responsables de la aplicación de las nuevas normas litúrgicas referentes al uso de las lenguas nacionales.

Los primeros en acudir a Roma en demanda de protección fueron los católicos ingleses, agrupados en una organización que lleva por título «Latin Mass Society». Los miembros de esta agrupación «suplicaban al Santo Padre prestara atención benévola a la triste situación de sus miembros y de innumerables fieles, que experimentan el mismo malestar: todos aquellos para quienes el abandono del latín en una parte de la misa constituye una grave privación espiritual y la fuente de una gran preocupación, ya que la liturgia latina constituye un valor espiritual inapreciable por su nobleza, su intemporalidad y su universalidad».

También los católicos franceses, miembros de «Una Voce», acudieron respetuosos a la jerarquía de su país presentando los siguientes votos:

1.º Que se mantenga realmente la misa cantada gregoriana en los domingos y días de fiesta, según el artículo 8.º de la 2.ª Ordenación del Episcopado francés y que esta misa cantada se restituya allí donde se haya suprimido, y que se celebre en la hora más a propósito para la mayor parte de los fieles.

2.º Que en las parroquias donde se celebren

(10) *L'Osservatore Romano*, 31-X-1966.

(11) *ABC*, 31-XI-1964; *Estudios Clásicos*, 8, 1964, 205-208.

varias misas rezadas, una de ellas, *tanto los domingos como los días de labor*, se mantenga o se restituya en latín—salvo, claro está, la epístola y el evangelio—y a una hora acomodada a los fieles.

Asimismo un buen número de intelectuales católicos y no católicos de diversos países, en febrero del pasado año, dirigieron una petición al Santo Padre, solicitando el mantenimiento del latín y del gregoriano en la liturgia romana. En la revista *Capella Sistina* (12) se registran los nombres de los firmantes y la contestación de la Secretaría de Estado, en el sentido de que «la Santa Sede vela con la mayor solicitud por el mantenimiento de tan altos intereses y agradece a los firmantes en nombre del Romano Pontífice su petición, al mismo tiempo que les transmite su bendición apostólica».

Sabemos igualmente que los intelectuales portugueses han hecho llegar a Roma un memorial en términos parecidos al de los intelectuales anteriormente mencionados, insistiendo en que debe salvaguardarse el latín y el canto gregoriano en los actos de culto. El memorial iba dirigido a Mgr. Bugnini, secretario del «Consilium» para la ejecución de los decretos conciliares sobre la liturgia. Una copia del memorial ha sido también dirigida al Santo Padre y otra al presidente de la comisión episcopal portuguesa de liturgia.

Mr. De Saventem, presidente de la Federación Internacional «Una Voce», presentó a la última reunión de los obispos alemanes en Fulda una exposición razonada sobre los objetivos de la confederación y el estado de abandono en que muchos se encuentran por el predominio, muchas veces injustificado, que se está dando a las lenguas vernáculas en la liturgia católica, con menoscabo y aun con desprecio del latín, que es la lengua oficial de la Iglesia de Roma. Añade el informe lo siguiente: «Despreciar el latín en la misa y suprimirlo es el fruto de una obcecación partidista y contribuye a tergiversar los fines pastorales del Concilio. Está demostrado—añade—que en Alemania, al menos el 40 por 100 de todos los católicos—y más del 45 por 100 de los fieles practicantes—desean no la supresión progresiva del latín en la misa, sino la coexistencia viva, con igualdad de derechos, de las antiguas y las nuevas formas litúrgicas. La solicitud pastoral de los obispos debería tener en cuenta, para las normas directivas apropiadas, estos legítimos deseos sentidos profundamente por tantos católicos.»

Esta inquietud por la desaparición del latín en la liturgia la comparte también el doctor Josef Eberle, director del *Stuttgarter Zeitung* y excelente conocedor del latín. En mayo del año pasado dió una conferencia en la diócesis de Rottenburg, a requerimiento de las autoridades eclesásticas, sobre el tema «Hacia el fin de nuestro latín», y entre otras cosas dijo: «Ha existido

do y existe aún en la misma Iglesia una tendencia a suprimir el latín de la misa, en beneficio de las lenguas nacionales. Es sencillamente incomprensible que en los medios eclesiásticos responsables no se den cuenta de la fuerza grandiosa de su Iglesia, que cristianos y no cristianos admiran y con frecuencia envidian, fuerza que dimana de la posibilidad de hablar a los fieles del mundo entero «una voz». La tendencia opuesta no prevaleció, ni sus argumentos fueron bastante fuertes para dar la victoria en el Concilio a una tal miopía, a ese «flirt» con eso que llaman «nacional», a ese «aggiornamento» de la Iglesia, tan mal entendido por muchos. Se hizo observar que sería un contrasentido, en el momento en que las fronteras nacionales se derrumban más y más, por el hecho de que los pueblos viven en una simbiosis creciente, el crear una nueva liturgia nacional. Verdaderamente esto sería un contrasentido; no una adaptación al momento presente, sino al pasado, aunque nuestro pasado sea el presente de muchos pueblos, en los que el sentido nacional comienza ahora a despertarse» (13).

En el mismo sentido, pero más profundamente aún, se expresa el abad del monasterio benedictino de Beuron, en Alemania. Sabido es el papel predominante que en el movimiento litúrgico mundial ha desempeñado dicho monasterio. De ahí que el testimonio dado por su primera autoridad, en este momento de confusión y voluntaria obcecación de algunos, tenga un valor excepcional. Dice así: «La desaparición del latín en la liturgia romana significaría un empobrecimiento y conduciría a poner nuevas fronteras nacionales dentro de la Iglesia. El problema de las lenguas vernáculas no debe enfocarse desde el punto de vista de una diócesis o de un pueblo, sino de toda la Iglesia católica extendida por todo el mundo... Sin duda el latín litúrgico ha venido a ser el signo exterior de la unidad de la Iglesia. No es ciertamente la causa de la unidad, que esta función corresponde al Espíritu Santo. Pero hay que reconocer que el latín, en cuanto lengua del culto, es el signo visible y auditivo de la unidad de todos los católicos. Se ha comprobado haber sido muy útil en el Concilio... ¡Qué profunda impresión cada vez que los padres conciliares cantaban el *Credo* en latín en el momento de entronizar los evangelios... Se ha hecho alusión a las iglesias orientales, que pueden celebrar su liturgia en la lengua nacional. Pero esto ¿es realmente verdad? Por lo que yo sé, los ritos orientales tal como yo los conozco—y son unos doce—todos tienen una misma lengua litúrgica, que no es la lengua moderna, salvo en alguna parte que otra de la liturgia, como nosotros lo podemos hacer también en la liturgia latina. Más aún: en las religiones no cristianas o paganas se sirven para el culto, no de una lengua común, sino de una lengua especial. Parece que esta costum-

(12) *Capella Sistina*, Roma, sept. 1966.

(13) *Stuttgarter Zeitung*, 29-V-1966.

bre viene exigida casi por una ley natural... (14). En nuestro siglo, en el que se está imponiendo el acercamiento de los pueblos para formar una unidad universal, yo no llego a comprender cómo precisamente en la Iglesia católica se atreven a eliminar barreras para el uso cada vez mayor de las lenguas nacionales en la liturgia. Muchas otras confesiones envidian nuestra lengua cultural, el latín, y querrian volver de nuevo al uso del mismo; así algunos protestantes de Dinamarca, Suecia, Noruega y muchos anglicanos de Inglaterra...» (15).

## 4

No es extraño que en vista de semejante situación las autoridades eclesiásticas traten de frenar las desviaciones y demasías en la aceptación de las lenguas litúrgicas. Me limito a citar sólo algunas intervenciones más autorizadas.

Monseñor Antonio de Castro Meyer, obispo de Campos, en Brasil, ha publicado recientemente una pastoral sobre la aplicación de los documentos conciliares. En ella se lamenta de que «con frecuencia se atrevan a dar a las Actas del Concilio una interpretación que hiere los sentimientos religiosos tradicionales de los fieles». Lamenta que «en muchas partes se esté llevando a cabo una campaña para desterrar el latín», lo cual —añade— «es lo contrario de lo que reclama la Constitución conciliar». Concluye diciendo que «una tal actitud no contribuye nada a la edificación de los fieles».

El Boletín de la diócesis de Dax (14 de enero de 1966) trae una sugerencia de su excelencia Mgr. Robert Bézac sobre la conveniencia de conservar los *kiries* en la misa. Dice así: «Desearia que se conservaran los *kiries* en la misa, en espíritu de unidad con nuestros hermanos ortodoxos. La liturgia de las diversas iglesias orientales es fundamentalmente litánica, y los *kiries* del pueblo son la respuesta a las preces del celebrante. Por otra parte, su traducción francesa es poco eufónica y ambigua bajo el punto de vista gramatical. Además, ¡es tan fácil explicar a los fieles esas dos expresiones!

El «Consillium» para la ejecución de la constitución conciliar sobre la liturgia, con fecha 25 de enero de 1966, cursó a todos los obispos una serie de orientaciones y criterios, ordenados a contener demasías. Una de estas ordenaciones decía taxativamente: «El uso de la lengua vulgar en la liturgia es conveniente no sólo según el espíritu de la Constitución sobre la liturgia, sino también teniendo en cuenta las situaciones con-

cretas de los diversos lugares. Ahora bien, con el uso de la lengua vulgar en la misa se han presentado ciertos síntomas de inquietud. Estaría bien que los ordinarios examinasen la conveniencia de conservar en algunas iglesias, especialmente en las grandes ciudades o lugares de turismo, una o, si fuera necesario, más misas en latín, celebradas a horas fijas y conocidas, mientras esto sea necesario o conveniente.»

A tono con esta recomendación —y urgiendo la celebración de la misa en latín—, la Sagrada Congregación de Ritos publicó una instrucción para los obligados a las misas comunitarias limitando el uso de la lengua nacional a sólo dos o tres misas por semana. Más estricta aún es la Instrucción de la Sagrada Congregación de Religiosos para los obligados al coro y la correspondiente a los seminaristas publicada el 25 de diciembre de 1965 por la Sagrada Congregación de Seminarios, cuyo artículo 15 dice así: «La lengua de la liturgia de la misa y del oficio, dentro de los seminarios, será el latín, que es la lengua de la Iglesia, y cuyo conocimiento se requiere en todos los clérigos (CC., n. 36, 1; número 101, 1). Sin embargo, será oportuno usar en la celebración de la misa la lengua vernácula en ciertos días (v. gr.: una vez por semana) en la medida que fuere aprobada para cada región por la legítima autoridad y confirmada por la Santa Sede, para que de un modo más adecuado los clérigos se preparen a los ritos que habrán de ejercer en dicha lengua en el servicio parroquial. El uso de la lengua vernácula —recalca la Sagrada Congregación— nunca debe hacerse de un modo general con detrimento de la latina. La Iglesia, al conceder el uso de la lengua vernácula, no quiere que ya por ello se sientan exentos los clérigos de acudir a las fuentes y que de ninguna manera descuiden en su preparación al sacerdocio la lengua común de la Iglesia latina» (16).

Pero el documento más importante en favor del latín en la liturgia es la Carta Apostólica de Paulo VI, que con fecha de 15 de agosto del pasado año dirigió a los superiores generales de las órdenes religiosas obligadas al coro. Cito aquí algunos párrafos de la misma, donde se revela la amorosa solicitud del papa en un momento de general desorientación sobre una materia de tanta importancia para el porvenir de la Iglesia. Comienza el Pontífice refiriéndose a la excelencia del rezo coral o *Sacrificium laudis*, que tal es el título de la Carta de referencia. Luego añade pesados: «Mas las cartas de algunos de vosotros y una información procedente de otras fuentes nos ha dado a conocer que en vuestros monasterios y en vuestras provincias religiosas —nos referimos sólo a las de rito latino— se han ido introduciendo formas nuevas de celebrar la Sagrada Liturgia. Los unos quieren, sin duda, retener a toda costa el latín; otros, por el contrario, reclaman el uso de las lenguas vernáculas en el oficio

(14) Quintiliano, al hablar del canto de los sacerdotes salios, dice que en su tiempo resultaba ininteligible aun para los mismos ministros sagrados; pero añade sentencioso que, a pesar de ello, debe conservarse, pues el respeto religioso a lo sagrado prohíbe cambiarlo; confrontese *Quint.*, 1, 6, 40.

(15) *Münchner Klerusblatt*, 1-VI-1964; *Musicae Sacrae Ministerium*, 1965, núms. 1-2.

(16) *Instructio de sacrorum alumnorum liturgica institutione*. Romae, 1965, pág. 12.

coral; otros, querían reemplazar aquí y allí el canto gregoriano por cantinelas a la moda; más aún: hay quienes quieren llegar hasta exigir la abolición del latín.» El Papa recuerda luego las directrices conciliares y las instrucciones posconciliares emanadas de la autoridad competente, en orden a la celebración de los oficios corales en los monasterios y en la misa conventual. En seguida, con acento paternal, añade: «Esto reclama una obediencia, en la que los religiosos, hijos muy queridos de la Iglesia, deben ir a la cabeza de los demás.» Poco después, el Romano Pontífice continúa diciendo: «No se trata sólo, en efecto, de conservar en el oficio coral la lengua latina—esa lengua digna de ser defendida con gran tesón, lejos de ser villipendiada, porque ella es en la Iglesia latina la fuente más abundante de la civilización cristiana y el más rico tesoro de la piedad—, sino también de conservar intacto el esplendor, la belleza, el vigor originario de las preces y de los cantos litúrgicos.» Aún sigue el Papa hablando en tonos patéticos en defensa del latín litúrgico y del canto gregoriano, y, a pesar de reconocer algunas dificultades prácticas, termina con esta seria recomendación: «Así, pues, obedeced con tranquilidad y sinceridad de ánimo estas prescripciones. No están dictadas por un apego excesivo a viejas tradiciones, sino inspiradas por un amor paternal hacia vosotros y un celo por el culto divino» (17).

Unas semanas más tarde, el 30 de septiembre, el mismo Paulo VI, en una alocución a los abades benedictinos, se refería a la Carta anterior en estos términos: «Vosotros estáis consagrados al

(17) *Notitiae*, sept.-oct. 1966.

conocimiento de la divina presencia, el arte de la inefable conversación con Cristo y con Dios. Sois los peritos de las cosas invisibles, que son las más verdaderas, las más reales...» Y añadía luego: «Permitidme recordaros que las normas que Nos hemos establecido recientemente a propósito del uso del latín en el rezo del Oficio divino, en Nuestra Carta *Sacrificium laudis*, no ciertamente para imponeros una nueva carga, sino más bien para defender vuestra tradición secular y proteger vuestro tesoro humano y espiritual, conciernen también a los monjes...» (18).

A la luz de estas palabras de Paulo VI y de las declaraciones anteriormente aducidas de la competente autoridad eclesiástica, queda patente el pensamiento de la Santa Sede a favor del mantenimiento del latín en la Liturgia, y, en general, del estudio y fomento del latín como base de la cultura occidental, a la que durante tantos siglos ha prestado servicios inapreciables. Salvaguardar esta lengua, que tantos tesoros encierra, y fomentar el sentido de ecumenismo que su uso litúrgico entraña, es lo que pretenden las asociaciones conocidas con el nombre de «Una Voce» (19). De ellas hablaremos tal vez otro día con mayor detenimiento.

Salamanca, 12 de marzo de 1967.

(18) *Documentation Catholique*, n.º 1.480, 15-X-1966.

(19) En Madrid acaba de constituirse la agrupación «Una Voce», asociación para la salvaguarda del latín, del canto gregoriano y de la polifonía sagrada en la liturgia católica. La Comisión Organizadora va encabezada por el conde de los Andes. Anuncian para el 7 de abril, a las 7,30 de la tarde, en la iglesia de los Padres Benedictinos de Montserrat, San Benito, número 79, un acto público para la constitución oficial y reglamentaria de la asociación, que promete tener una gran vitalidad.